

CANCELACIÓN DE RESERVA

*“T is some visitor,” I muttered, “tapping at my chamber door -
only this and nothing more.”*
The raven, Edgar Allan Poe.

1

Llovía.

De pie frente a la ventana del comedor, observando las gotas de lluvia al caer, Toni sentía náuseas y dolores en el estómago. Tenía fiebre; se preguntaba si acaso habría contraído algún tipo de gripe intestinal. A pesar del día lluvioso, era agosto y el bochorno en la ciudad de Barcelona era insoportable. A aquella temprana hora de la mañana, los dígitos del termostato colgado en la pared del pasillo marcaban casi treinta y cinco grados. Sudaba, pero tenía algo de frío. Era la fiebre, sin duda. Toni observó largo rato a través de la ventana. Las calles estaban desiertas. De tanto en tanto, se podía ver a alguien caminando taciturno, guareciéndose de la lluvia bajo un paraguas, esforzándose por no empaparse de agua, desapareciendo casi de inmediato dentro de la boca del Metro. Algún trueno retumbaba en la lejanía.

- ¿Qué he hecho?- preguntó en voz alta.

Por toda respuesta, el oscuro comedor quedó bañado en la cegadora luz azulada de un espectacular relámpago. Toni esperó la llegada del trueno; no hubo ninguno.

2

Habían llegado temprano. La temperatura en Londres era realmente agradable, comparándola con la de Barcelona. Lloviznaba y el viento era frío. A pesar de todo, los dos estaban emocionados. Arrastrando un par de maletas, avanzaban la calle de *Gloucester Terrace* hacia abajo, donde el hotel *Brunnel* les esperaba. De tanto en tanto, él la descubría mirándole con curiosidad. Era como si lo estuviera estudiando profundamente con aquellos hermosos ojos azules. A veces, aunque no siempre, ella le recordaba a los *Freemen*. Muchas eran las veces que solía bromear con ella sobre ello. Aquel debía ser un viaje de reencuentro, porque su matrimonio no parecía funcionar todo lo bien que debería. Pero al fin y al cabo, ¿qué era un matrimonio feliz en aquellos tiempos? Cierto; llevaban meses sin hacer el amor; ella lo rechazaba pero, ¡demonios!, él no se quedaba corto. Algunas noches ella se levantaba de madrugada y él se la encontraba profundamente dormida en el sofá del comedor, con una botella de *whiskey* en el suelo alfombrado y un vaso vacío en su mano derecha. Por las mañanas se quejaba de dolor de espalda, pero él la miraba entristecido sin decir nada. Era evidente que el fuego se había empezado a apagar, aunque no estaban seguros del motivo. Él creía que la quería. Ella parecía sentir amor y ternura hacia él. Pero la mayor parte de las veces que pretendían hacer cosas juntos, algo parecía no acabar de encajar en sus vidas. Durante algunos días, él deseó preguntarle abiertamente si había otro hombre; ella pensó en hacer lo mismo. Fue ridículo cuando, una mañana de agosto, los dos eligieron el mismo preciso instante para soltar la pregunta; entonces los dos parecieron respirar aliviados, porque supieron que no era eso.

Quizá el problema radicaba en que se habían casado demasiado jóvenes. Ella contaba apenas veinte años; él dos años mayor. Por suerte, pensaban, no tenían hijos. Claro que él creía que tal vez un hijo salvaría su relación. Ella argumentó que también podía romperla definitivamente. Él discrepaba, pero ella guardaba razón cuando decía que la llegada de un hijo podía complicar las cosas en exceso: él trabajaba en la Universidad y ella en una empresa de formación. Sus respectivas carreras podían verse

entorpecidas sin remedio. Ella no quería ser egoísta; él no estaba seguro de poder dejar de serlo. Entonces se le ocurrió la idea de hacer un viaje al extranjero, *pero a un país Europeo*, diría. Ella lo miró con franca curiosidad; le preguntó que rondaba por su cabeza. Él dijo: *¿que tal Londres?* Y ella le dedicó la primera sonrisa sincera desde hacía meses; incluso el azul de sus ojos parecía refulgir con mayor intensidad. *¡Perfecto!*, sería su respuesta.

Solo había un problema: era demasiado tarde; todos los hoteles que buscaron a través de Internet estaban completos; al parecer, no quedaba ni una sola habitación libre en ninguno de ellos. Incluso el hotel donde iban a alojarse ahora, el *Brunnel*, no tenía entonces habitaciones disponibles. Los billetes de avión no eran un problema grave, de no ser por el abusivo precio de los mismos. Por suerte, el dinero nunca había sido el principal problema en su matrimonio. Ella no quería tirar la toalla tan pronto; le dijo que debían seguir buscando, que algunas veces la gente cancelaba sus reservas. *No creo que tengamos tanta suerte*, le replicó él. Pero ella dijo que tenía una corazonada. Él suspiró largamente, y le sugirió la posibilidad de escoger otro lugar de destino. Italia, por ejemplo. Pero ella, extrañamente, parecía obsesionada con Londres y no quería ni oír hablar siquiera de viajar a otro lugar. *No, ni hablar*, diría ofendida. Dañado como estaba ya su matrimonio, no le pareció muy prudente someterlo a mayores tensiones, así que optó por seguir buscando, día tras día, algún hotel donde pudieran alojarse en la ciudad de Londres.

Al poco, encontraron uno. El Hotel *Brunnel*, situado en la calle *Gloucester Terrace*, en el barrio de *Paddington*, tenía una habitación disponible por seis noches. *¡Era un milagro!* Ella lo abrazó, claramente excitada. Él se dejó contagiar por su excitación, y le devolvió el abrazo. *¡Te lo dije, una reserva cancelada, seguro!*, dijo ella riendo. Compraron los billetes de avión de ida y vuelta. Por desgracia, la ida la harían con Iberia. *Odio Iberia*, reconocería él más tarde, sentados en el avión con destino *Heathrow*, cuando las azafatas ofrecieran té, café y algo de desayuno a precios exageradamente caros. *¡Esto antes estaba incluido en el precio del billete!*, se quejaría abiertamente y en voz alta, ante las miradas ausentes de las azafatas que parecerían no dar importancia a sus palabras. Por suerte, a la vuelta, viajarían con *British Airways*, le recordaría ella, acariciándole la mano derecha, girando su cabeza para observar la inmensidad de las nubes a través de aquella minúscula ventana. No hubo ningún *te quiero* entonces, ni por parte de él ni por parte de ella, mientras el avión seguía su curso, surcando los cielos.

3

- ¡Nuestro hijo nos ha regalado un viaje a Londres!

Había estrépito en la oficina. Era un día soleado de primavera: las noches eran frescas y el día suave. Apetecía salir fuera durante los treinta minutos del desayuno para tomar el café en algún bar de la zona, en lugar de quedarse en la oficina degustando aquel odioso brebaje de máquina. Aquella mañana de trabajo, justo antes del desayuno, Ramón había llegado más feliz que de costumbre. Tenía una gran noticia que compartir con sus compañeros, que por aquel entonces, y tras tantos años de trabajo, eran para él más que colegas profesionales: eran parte de su familia.

- ¡Enhorabuena!- gritaron algunos.

Ramón cargaba consigo unas cuantas botellas de cava. Alguien salió corriendo de la oficina y regresó al cabo de poco con vasos de papel; otro improvisó una mesa arrastrando un pequeño archivador no muy alto en el centro mismo de la oficina; alguien sugirió ir a comprar algo de comer; los que no eran tan amigos de Ramón sospecharon que aquel día no habría desayuno; ¡el jefe no permitiría tanto descaro en un día de trabajo, sin duda!

- Un brindis, pues, ¡que tengáis muy buen viaje!- aulló alguien, alzando su vaso lleno de cava. Todos alzaron sus vasos; algunos no podían beber tan temprano y se conformaron con llenarlos de agua o de leche.

Ramón estaba pletórico. Tras tantos años veraneando en Cataluña, por fin iban a salir al extranjero. Claro que aquel futuro viaje guardaba un mayor significado para él y su esposa que el mero hecho del viaje en sí mismo: su hijo. Ah, cada vez que pensaba en él, su corazón se henchía de amor y de orgullo. Siempre habían deseado viajar al extranjero pero siempre habían sentido pánico a volar. Por supuesto había maneras de viajar fuera de España sin necesidad de volar. Había trenes a Francia; autobuses a Amsterdam; cruceros por el Mediterráneo que zarpaban desde el puerto de Barcelona ... Pero a pesar de todas esas opciones, nunca se habían atrevido a planificar y contratar un viaje de aquellas características. Pero su hijo había dado ese paso en su lugar, sin avisarles. Cuando todo estaba ya contratado y pagado, les llevó dentro de un sobre blanco los billetes de avión y el recibo del hotel. Se dejó caer una noche por su casa, cenaron alegremente y entonces él les dijo:

- ¡Os vais a Londres!

Con cara de estupefacción, los dos se quedaron mirándole mientras él les ofrecía el sobre cerrado extendiendo su brazo derecho hacia ellos.

Cuando lo abrieron y vieron su contenido, Ramón estuvo a punto de llorar de emoción. Su esposa se levantó de la mesa y le dio un sonoro beso a su hijo en la mejilla.

- ¡Mamá!- se quejó él, con el mismo tono enfurruñado de entonces, cuando contaba con once años y sentía vergüenza cuando su madre decidía besarle delante de sus amigos del colegio.

No había ningún motivo especial para hacerles aquel regalo. Era simplemente que, una mañana, su hijo decidió que sus padres debían viajar al extranjero por primera vez en sus vidas, viendo lo mayores que ya estaban. Pensó que, al fin y al cabo, el momento de viajar debía ser cuando uno aún era capaz de disfrutar del viaje, no después, cuando los dolores y achaques de la vejez tiznaban incluso un mero paseo por el parque de un cansancio crónico. Así que contrató el viaje entero en una agencia de Halcón Viajes en marzo; pero resistió la tentación de hacerles entrega del sobre hasta entonces. Lo había guardado en el último estante del armario del dormitorio, en su propio piso de soltero, entre las sábanas y el cubre-cama de invierno. Allí incluso había pasado desapercibido por su madre, que de tanto en tanto le hacía visitas para echarle una mano con la colada, la limpieza del piso o la cocina. No era un inútil; era simplemente que no tenía facilidad para los quehaceres de la casa. Y a pesar de su edad, seguía irremediabilmente sin pareja. Claro que aquello no justificaba las visitas domésticas de su madre, caso contrario lo hubieran podido tizar de machista. Él vivía a poco más de veinte metros de casa de sus padres, así que mientras no hubiera otra mujer en la casa, su madre seguiría haciéndole visitas periódicas. A él no le desagradaban, porque en su casa había momentos en los que se sentía excesivamente solo. Sus amigos le recordaban que tenía ya treinta años y empezaron a llamarle, cariñosamente, *Norman*. Ah, se quejaba, *¡pero yo no vivo con mi madre!*

Lo cierto es que algo debía hacer para recompensar a sus padres por seguir cuidando de él incluso a sus treinta años. El viaje se le antojó una idea más que acertada. Conocía perfectamente su reticencia a viajar al extranjero, así que resolvió que no podrían negarse si él les contratara el viaje, por supuesto, a escondidas. Y acertó de pleno.

Su padre se levantó de la mesa y lo abrazó con fuerza.

- Gracias, hijo.- le dijo, francamente emocionado.

Aquella noche, Toni sintió que todo estaba bien, que sus padres viajarían a Londres ese verano, que él podría sobrevivir ni que fuera seis días sin las visitas de su madre, a pesar de que debería ir al supermercado a por provisiones para no morir de hambre, pero... ¡que puñetas!. ¡La expresión de amor y alegría pintada en sus caras bien merecía cualquier ordalía!

Ahora lloraba.

La oscuridad llenaba su casa. Los pocos platos seguían en el fregadero, sucios, llenos de grasa

acumulada. Apeataban. Había tres dedos de polvo sobre los muebles del comedor; los libros de las estanterías yacían olvidados. Bolas de polvo aparecían y desaparecían por el suelo, confundidas por alguna corriente de aire desafortunada que parecía colarse por las rendijas de alguna ventana. El cable del teléfono estaba desconectado; el teléfono móvil apagado sobre el sofá. El cargador por siempre perdido entre las marañas de cables dentro de algún cajón, en el dormitorio. Ya no contestaba al timbre de la puerta; la vida empezaba a desdibujarse, a fundirse entre las brumas del sueño. No dormía por las noches pero soñaba por las mañanas; seguía ahí, de pie, mirando la incesante lluvia subyugando la ciudad, mojándolo todo, ajeno a cualquier sensación física excepto por su agotador dolor de estómago y sus náuseas.

Alguien había dejado una nota debajo de su puerta. La vio desde donde estaba, pero no hizo ni el ademán de pretender ir a buscarla. Que importancia podía tener aquello ahora, se dijo. Todo era diferente, pues ahora sentía que la realidad se rompía, como si fuera de cristal. El ordenador seguía encendido, mostrando una página de Internet donde podía leerse: “*Tragedia en la Carretera*”. Una copia impresa de la misma página web parecía emerger del interior de la bandeja de papel de una impresora, como un deshecho. La fotografía del taxi aplastado contra un quita miedos ofrecía un aspecto todavía más siniestro en blanco y negro que en color. “*El destino es siempre atroz*”, terminaba el periodista que había cubierto el accidente. En la misma fotografía, un par de maletas yacían reventadas sobre la cuneta. Parte del contenido de las mismas se encontraba esparcido por la carretera. Un cepillo de dientes rojo sangre; unos pantalones de pana; una cámara de fotos digital, regalo de algunas Navidades pasadas; un libro que mantenía intacto su punto de lectura entre la página cien y la ciento uno.

¡*Gracias, hijo!*

Una punzada de intenso dolor lo dobló, obligándole a caer al suelo arrodillado, con sus brazos alrededor de la cintura. Las lágrimas brotaban imparable. Sentía su piel arder de la fiebre. Entonces, llegaron las terribles arcadas y vomitó sobre la pared, debajo de la ventana. El vómito quedó impregnado en la misma, rezumando viscosidad, resbalando hacia el suelo, donde empezó a acumularse en forma de charco.

¡*Gracias, hijo!*

- ¡Dios, Dios, perdonadme!- aulló, entre arcadas, mientras hilos de saliva colgaban de la comisura de sus labios.

Entonces, llegó el trueno.

5

La habitación del hotel estaba limpia. Era pequeña pero acogedora. *Cosy lo llaman aquí*, pensó él mientras observaba la vista desde la única ventana existente. Había un par de camas, separadas unos treinta centímetros. Entre las dos camas, apoyada contra la pared, había una sencilla mesilla de noche con una lámpara y un teléfono. La televisión colgaba frente a ellas, a una altura que la hacía incómoda de ver si uno se encontraba tumbado en la cama. Bajo ella había una mesa de madera con información sobre el hotel, un lápiz, un cuestionario, y un jugoso surtido de té, cafés y azúcares, junto a un hervidor de agua. Al lado de la puerta de entrada, se encontraba el cuarto de baño. Era tan pequeño que dos personas no cabían en su interior al mismo tiempo. *Olvídate de hacer el amor en la ducha*, rió para sí mismo.

A pesar de todo, la habitación olía a perfume y se agradecía el calor que emanaba de uno de sus dos radiadores. Él la miró, intentando discernir que opinión le merecía aquella habitación. *Está bien*, le aseguró ella, dedicándole una bonita sonrisa. Realmente estaban esforzándose por recuperar su matrimonio, después de todo.

El desayuno era a partir de las siete de la mañana y hasta las nueve; los domingos se alargaba

hasta las diez. No servían cena, así que deberían cenar fuera cada noche. No parecía que fuera a ser un problema: la calle de *Gloucester Terrace* estaba salpicada de restaurantes de todo tipo. Había dos restaurantes chinos; dos italianos; infinidad de opciones de comida basura: un *Burger King* y lo que él intuyó sería la cadena de *fast food* inglesa: un *Subway*. El parque de *Kensington Gardens* estaba a poco más de cinco minutos a pie; cerca les quedaba también el *Natural Museum* y la *Serpentine Gallery* – esta última se encontraba dentro de *Kensington Gardens* -.

De todos modos, no se habían desplazado hasta allí para ver museos. La idea era salvar su matrimonio. Pensaron que, al llegar temprano, tenían toda la tarde para explorar el barrio. Tras deshacer el equipaje, pasearon por *Paddington* bajo una ligera llovizna que se mantendría durante buena parte de los seis días que iban a pasar en Londres. Tras un largo paseo, a ella le entró hambre. Decidieron ir a un restaurante Italiano de *Gloucester Terrace*. Ella cenó una parrillada de carne y él devoró una pizza. Todo bien regado a base de vino de la casa. Se acabaron la botella a medio terminarse sus platos, así que pidieron otra. Cuando llegaron los postres, todavía quedaba un poco de vino y decidieron terminárselo antes de salir del restaurante. La noche era fría; había dejado de llover. Cerca del restaurante había un genuino *pub* inglés, *The Pride Of Paddington*. Ella lo miró y le susurró al oído algo que lo hizo ruborizarse. Entraron en el *pub*; salieron tarde, bebidos pero alegres. Regresaron al hotel; el recepcionista de la mañana ya no estaba: en su lugar, había una chica algo obesa que les dio las buenas noches en un acento genuinamente británico. Iban a subir a la habitación usando el ascensor, pero un cartel en varios idiomas decía: *Out of Order*. Él se preguntó quién habría hecho la traducción al castellano, porque justo entre la traducción al francés y al italiano, la supuesta versión en castellano rezaba: *Fuera de Orden*. Ella lo agarró con fuerza del brazo y tiró de él hacia las escaleras; su habitación estaba en el tercer piso. Todo el suelo estaba forrado a base de una moqueta de colores rojos y azules, bastante horrible para su gusto. Por suerte, el cuarto de baño de la habitación era una excepción. Tiempo atrás, alguien le había contado una historia sobre un piso de alquiler en *Hyde Park* con moqueta incluso en el cuarto de baño. *Bueno, así no hay que preocuparse de fregar el suelo; la moqueta simplemente lo absorberá todo*, dijo en su momento. Una ocurrencia bastante desagradable pero que en aquel tiempo le hizo reír a carcajada limpia.

Cerraron la puerta y se tumbaron en las camas. Era una lástima que estuvieran separadas, pero a ella le daba un poco de reparo juntarlas. Pensaba en el servicio de limpieza. A él no le importaba demasiado, porque una sola de las camas era lo suficientemente espaciosa como para que durmieran dos en ella. Ella había traído un libro para leer por las noches: las cartas del Marqués de Sade desde su prisión. Él había aprovechado el paseo de aquella tarde para comprar una novela escrita en inglés que transcurría en las Islas del Canal, entre *Guernsey* y *Herm*: *Rachel's shoe*. La primera noche los libros yacían en la mesilla de noche, olvidados. Estaban muy bebidos y algo cansados por el vuelo. Quizá lo que más les había agotado había sido el trayecto en metro. Tenían varias opciones para llegar al centro de Londres desde el aeropuerto de *Heathrow*. Sin embargo, a ella le había hecho ilusión desplazarse en metro. Estaban realmente lejos de *Paddington*; tuvieron que viajar a lo largo de una hora y hacer un transbordo. Llegaron algo sudados porque hacía mucho calor en el interior del vagón. La temperatura exterior de poco más de quince grados ayudó bastante a que él empezara a sentir molestias en la garganta, pero no le dio demasiada importancia. Como habían traído *Paracetamol* con *Codeína*, decidió que aquello no sería un problema después de todo: un sobre disuelto en agua y listos. Ella le dijo que era un quejica, y él le dio la razón: de hecho, era un hipocondríaco. Pero la idea de caer enfermo en Londres no le entusiasmaba, a pesar de poseer la TSE y tener un hospital a un tiro de piedra del hotel, el *St. Mary Hospital*.

Fue entonces cuando presenciaron el primer incidente.

Él estaba observándola en silencio; ella parecía hacerse la dormida. Sabía que él la estaba mirando, pero no pretendía dárselo a entender ni un ápice. Él estudió su cuerpo, era realmente preciosa. Pensó que qué fácil podía resultar para una persona perderlo todo por desidia. Él no quería perderla, eso creía saberlo con certeza. Esperaba que ella pensara lo mismo o entonces todo sería en vano.

Empezó a sentirse aturdido por el alcohol y notó que los párpados pesaban como piedras; sus ojos empezaron a cerrarse, estaba siendo arrastrado hacia el sueño ... Entonces, oyó un ligero ruido a su derecha y vio como ella abría los ojos de súbito, incorporándose sobre la cama, mirando hacia el cuarto de baño con una expresión de horror y sorpresa pintada en su rostro, gritando:

- ¡El cuarto de baño! ¡El cuarto de baño!

Al principio no entendía que quería decir. Decidió girarse sobre su costado derecho y mirar hacia el cuarto de baño para ver que la aterraba tanto. Entonces vio la puerta abrirse lentamente; la luz estaba encendida. *Bah*, pensó, *no hay para tanto*. Casi estaba a punto de caer adormecido de nuevo cuando, con un chasquido del interruptor, la luz se apagó y la puerta se cerró de golpe. Eso pareció despertarlo de su estupor como si hubiera recibido una dolorosa bofetada.

Entonces ella gritó de horror; él saltó de la cama y la abrazó. Por lo que pareció una eternidad, siguieron ahí, abrazados, observando el cuarto de baño con miedo absoluto. El silencio era casi total. El reloj de pulsera que él llevaba en su muñeca izquierda iba marcando las horas con parsimoniosa lentitud. La oscuridad hubiera sido total de no ser porque mantenían la lámpara sobre la mesilla de noche encendida. No querían permanecer a oscuras. Entonces, en algún momento de la madrugada, el alcohol y el cansancio pudieron más que el terror atávico que les poseía y, poco a poco, la oscuridad reclamó sus cuerpos y cayeron sumidos en un largo sueño.

Ya dormidos, no fueron testigos del que sería el segundo incidente de la habitación 308 del *Hotel Brunnel en Paddington*: el interruptor de la lámpara de la mesilla de noche pareció ser accionado por unas manos invisibles. Rápidamente, la habitación quedó sumida en la más absoluta oscuridad, como si aquellos fenómenos paranormales hubieran decidido que ya era demasiado tarde como para dejar una luz encendida.

Casi como si dijeran: *Eh, vosotros, es hora de dormir...*

6

Ramón no fue a trabajar a la oficina la mañana del viernes. Aquella tarde el avión con destino Heathrow despegaba desde el aeropuerto del Prat a las 14:50. Él y su esposa dedicaron las primeras horas de la mañana a comprobar que cerraban la llave del agua y del gas; que todas las ventanas quedaban bien cerradas y que el correo era recogido del buzón, antes de cargar sus maletas y llamar a un taxi. El taxi llegó en menos de diez minutos; paró frente al portal y tocó la bocina. Bajaron aprisa, bueno, todo lo aprisa que les permitía el peso de aquellas maletas. Vivían en un ático y el ascensor no funcionaba. Había estado así casi todo el verano; Ramón se preguntó si al regresar de Londres lo encontrarían de nuevo operativo, aunque lo dudaba. El taxista parecía impaciente por dejarles en el aeropuerto. Se movía con mucha velocidad; cargó sus maletas casi en un suspiro y se acomodó en su asiento. Había bastante tráfico por las calles de Barcelona, pero la cosa pareció despejarse en cuanto salieron de la ciudad. El taxista aceleró al máximo permitido.

Desde el asiento trasero, Ramón dedicó un largo rato a estudiar el rostro que se reflejaba en el retrovisor del conductor. Era un hombre joven, de larga melena negra recogida en una espléndida coleta. Vestía exageradamente formal para ser un taxista y encontrarse en el mes de agosto. Dentro del taxi no tenían calor porque el aire acondicionado estaba funcionando desde hacía horas. Ramón supuso que aquel taxista debía tener alguna clase de cita importante, no tan solo por su manera de correr con el coche, sino además por su atuendo. Y acertaba; el taxista observó la carretera que se extendía frente a él con intranquilidad; de tanto en tanto sus ojos se posaban sobre el reloj digital en el panel de mandos del vehículo: ¡que tarde era! Tal vez, se dijo, no debería haber aceptado aquella carrera. Suspiró.

- ¿Adónde van?- les preguntó el taxista.

- ¡A Londres!- contestaron los dos al unísono, claramente emocionados, sonriendo de oreja a oreja.

El taxista les devolvió la sonrisa.

- ¡Fantástico!- les dijo.- La mejor época del año para ir a Londres, sin duda.- Entonces, observando la cara de estupefacción de Ramón y su mujer, añadió:- Por el clima, ya me entienden.

Ramón asintió con la cabeza.

El taxi sigue rodando a gran velocidad por el asfalto. Ahora una curva; ahora una recta. Maldita sea, no llegaré a tiempo, piensa el taxista. Decide acelerar un poco más. Y luego un poco más por encima del poco más de antes. No pasa nada, todavía puedo controlar el vehículo cómodamente, no hay peligro, se dice a sí mismo. Otro acelerón. Demasiado rápido. Otra curva. Demasiado cerrada. El coche entra en ella a demasiada velocidad. ¡Cielos!, piensa Ramón. ¡Oh, Dios Mío!, deja escapar ahogadamente su esposa, agarrándole la mano, asustada. El taxista no la oye; tiene la mirada clavada en la carretera y en esa maldita curva; el quita miedos está cada vez más cerca, siente como pierde el control del coche; éste se tambalea, empieza a temblar. Algo sucede. Oh, ¡joder!, no puede ser que esto esté pasando, se queja en silencio. Luego, un golpe. El coche sale despedido en sentido contrario. Gira sobre sí mismo como un trompo; los frenos hacen arder el asfalto; están perdidos y los tres lo saben. Adiós, Londres, parecen despedirse los padres de Toni. Con una última maldición, el taxista ve como su coche invade el carril contrario: infinidad de vehículos intentan esquivarlo, algunos lo logran por poco. Nada detiene su loca carrera; excepto el otro quita-miedos. El coche se estampa contra él; el casco se achata, como un acordeón. Todo gira; se escuchan ruidos de cristales rotos; algunos perforan el cráneo de Ramón; su esposa chillaba de horror mientras nota la sangre de su esposo salpicándole la cara. Una fuerte sacudida la impulsa primero hacia atrás y luego hacia adelante. No lleva puesto el cinturón, para qué, siempre decía, si voy en el asiento trasero. Así que nada impide que su cuerpo salga despedido hacia delante, como una bala, a gran velocidad. Atraviesa el cristal al lado del conductor; cae algunos metros más allá; en medio del asfalto. El conductor que la ve no puede impedir aplastarla bajo su furgoneta; ¡clomp, clomp! Dos saltos, como si hubiera un enorme bache bajo sus ruedas. Sus huesos ya están casi rotos cuando la furgoneta la aplasta definitivamente. El conductor frena en seco, sollozando de terror. Dios, que no sea demasiado tarde, suplica. No se atreve a mirar debajo de la carrocería; sabe que ya está muerta. El taxista está herido. Puede moverse con dificultad porque el taxi está aplastado en su lado del volante. Necesita ayuda para salir del coche. Se escuchan las sirenas de algunas ambulancias. Ya vienen, piensa. No quiere mirar; apenas puede hacerlo. Sabe que los dos están muertos; ha visto como el cuerpo de la mujer atravesaba el cristal, a su derecha. El hombre yace detrás del coche, en silencio. Puede oler la sangre. ¡Oh, Dios Santo!, ¿qué he hecho?, grita. Nadie lo escucha, al menos no por un rato. En breve, algunos conductores paran sus vehículos y corren hacia el taxi. A través de los cristales destrozados del mismo, puede ver a un hombre salir de su furgoneta con expresión aturdida, deambulando por en medio de la carretera como un zombie; luego cae al suelo llevándose ambas manos a la cara y llora. ¡Ya llegan, ya llegan, resista!, le dice alguien desde su derecha. No puede girarse; parece que su cuerpo está soldado a la carrocería. Estoy vivo, se sorprende. ¡Aguante, las ambulancias ya llegan!, le dice otra voz, esta vez desde su izquierda. A esta persona sí la ve; es una chica joven, de larga melena rubia, demasiado maquillada para su gusto. Le dedica una sonrisa; ella aparta rápidamente su mirada, parece darse cuenta de lo gravemente herido que está él. Eso lo asusta. Quizá muera de todos modos, se dice. Tal vez es lo mejor, después de todo. Se siente agotado; quiere dormir un rato.

- ¡Apártense!

Es lo último que el taxista puede oír antes de desmayarse debido a la ingente pérdida de sangre. No despertará.

Seguía lloviendo.

No recordaba cuánto tiempo había transcurrido desde que la policía lo visitara en su casa para

darle la terrible noticia. Las náuseas parecían no tener fin; el vómito, al menos, parecía haber desaparecido. Las punzadas en la boca del estómago se manifestaban de improviso, doblegándolo de dolor. El día era gris y triste; no miraba el reloj, no sabía si ya era *mañana* o seguía siendo *hoy*; de hecho, nada de todo aquello le importaba demasiado. Creyó que, en algún instante mientras estaba de rodillas en el suelo, alguien había llamado al timbre de la puerta insistentemente. Tal vez sus amigos estaban preocupados por él, al fin y al cabo seguían siendo sus amigos. Al poco, creyó escuchar golpes en la puerta de su casa, golpes impacientes. Temió que la tiraran abajo, pero al final resistió. *Marchaos, por favor*, soñó que decía en voz alta. Los golpes cesaron; volvía a estar completamente solo con su dolor.

Tumbado en el sofá, mirando el blanco techo de yeso, sumido en la oscuridad letárgica de su piso, Toni daba rienda suelta a sus recuerdos. Recuerdos de infancia, de adolescencia, de juventud, con *ellos* siempre a su lado. *Norman*, le llamaban. Era demasiado dependiente de sus padres, eso era una verdad innegable. Pero era, al mismo tiempo, una verdad inalterable: los amaba, guardaban una maravillosa relación y además vivían a un tiro de piedra. A lo largo de los buenos años de su vida, Toni siempre temió que llegara el día en que uno de los dos sería el primero en morir. Se preguntó durante mucho tiempo cuál de los dos sería el primero en abandonar el mundo de los vivos. ¿Sería su madre? ¿Su padre, tal vez? Sopesó en lo más profundo de su consciencia que podía ser peor. ¿Era peor perder primero a su madre o a su padre? ¿Los perdería a los dos simultáneamente, quizá? Aquellos pensamientos lo atormentaron día y noche durante años. Siempre que tenía un momento de descanso, su mente divagaba y se centraba al cabo de poco en aquel tortuoso sendero. Era horrible, no podía impedirlo por más que lo deseara. Por eso los controlaba en silencio, observaba si parecían muy mayores, si de repente alguno se quejaba de algún dolor inusual, si empezaban a decir bobadas o perdían irremediabilmente la memoria. Algunas veces suspiraba de alivio cuando veía a los padres de sus amigos, mucho más envejecidos que los suyos propios. Un verano, cuando él regresaba de Huesca, se encontró a su madre postrada en el butacón del comedor, con su pierna derecha cubierta de vendas desde el tobillo hasta el muslo. Tenía cara de hastiada. ¡*Mamá, te has caído!*, gritó asustado, pero ella lo miró con una expresión de infinita calma y contestó, entre brumas: *No, ha sido un derrame en la rodilla*. Respiró aliviado. Pero poco después, su padre regresó de un chequeo médico rutinario y dejó ver el informe médico a su hijo. En él se podía leer que tenía el ácido úrico por las nubes, sinónimo que debía hacer una dieta estricta: no tomar café, nada de alcohol, ir con cuidado con el marisco... Era evidente: sus padres se estaban haciendo mayores. Él mismo, con treinta y un años de edad, había perdido una ingente cantidad de pelo. Al igual que retrocedían las mareas, del mismo modo había retrocedido su frondosa melena de juventud, y *ahí* había decidido quedarse. Sería el primer soltero calvo de toda la familia, lo cual le infería un puesto de honor en la genealogía familiar. Pero pronto dejó de preocuparse de sí mismo y se centró en observar la evolución de sus padres. Casi era una obsesión. Solo, sin demasiadas oportunidades de encontrar una pareja estable, al menos no en mucho tiempo, dictaminó que viviría cerca de ellos hasta que fuera demasiado tarde. Su madre adolecía de una enfermedad crónica: fibromialgia. Además de su reciente problema en la rodilla derecha, tenía un menisco roto. Por otro lado, su padre parecía el más sano de los dos. Bastaba con controlar su dieta escrupulosamente y todo iría de perlas. Hasta que cogieron aquel taxi. Hasta que *él* decidió por *ellos* que era hora de viajar a Londres. Que tonto había sido, que egoísta. Los había enviado a la muerte. Él, al igual que aquel taxista, tenía las manos manchadas de sangre. De *su* sangre; tanto tiempo pensando como afrontar su muerte, como vivir sin ellos, como seguir adelante si no tenía más familia, si no tenía mujer ni hijos. Sus amigos estaban todos casados o vivían en pareja; no lo querían en sus fechas más señaladas como Navidad. Aquello lo atormentaba sin remedio. No; sabía que estaba perdido. La culpa lo pudría por dentro; los dolores, los vómitos, la fiebre. Todo tenía una clara manifestación eminentemente psíquica. Si al menos los hubiera acompañado al aeropuerto, él también estaría muerto y el dolor no existiría. Podía matarse, pero era demasiado cobarde como para ser lo suficientemente cobarde para cometer suicidio. Entonces, ¿qué le quedaba ahora? No era católico, no creía en nada. Su

casa estaba empapelada de libros en inglés, catalán y castellano. Novelas, ensayos, libros de texto, esparcidos aquí y allá en infinidad de estanterías, repartidas a su vez por todo el piso; *su tesoro*. Por años habían sido su mundo. Ahora, apenas los podía ver porque a su alrededor sólo había oscuridad. Si parte de lo que *Michael Moorcock* contaba en su *Trilogía de Corum* fuera cierto, si pudiera ver en otro plano, en otro mundo, y agitar su enojada mano de *Kwill* hacia él para atraer a sus padres de nuevo a este mundo, si tan sólo la magia fuera real y existiera un sortilegio para devolver la vida a los muertos, si tan sólo aquello fuera una pesadilla y estuviera a punto de despertar, si ...

Entonces, escuchó el sonido procedente de su teléfono móvil: *beep, beep*. Un mensaje de texto. *No será importante*, se dijo. No pensó ni siquiera en levantarse del sofá para leerlo. Estaba destrozado. Entonces, recordó que el terminal *debería estar* apagado. No lo había vuelto a encender, de eso estaba seguro. Extrañado, salió de su estupor y se incorporó, buscándolo con su mirada. Estaba todo tan oscuro que fue fácil localizarlo: efectivamente, estaba encendido *de nuevo* y emitía una poderosa luz que iluminaba buena parte del comedor, como un faro guiando los navíos para que llagaran a puerto sanos y salvos. Toni se dirigió hacia el móvil, lo cogió y leyó el mensaje.

Una simple frase aparecía en la pequeña pantalla a color del terminal.

Ya estamos de vuelta, hijo.

8

El metro de Londres no era tan distinto del de Barcelona, descubrieron. Hacía calor; en algunas de las principales estaciones había aglomeraciones; la gente era tan maleducada como en casa: había incluso carreras cuyo premio era, para el más rápido, un asiento libre. Eso sí; había trenes con diferente destinación a pesar de pertenecer a la misma línea, pues algunas de ellas tenían *bifurcaciones*, como la *District Line*. Otra cosa que les sorprendió bastante fue descubrir la *Circle Line*, una línea que circulaba describiendo un círculo. De ahí su nombre, claro. Habían decidido comprar una *Oyster Card*, algo así como una tarjeta monedero pero que en lugar de cargar dinero, se cargaba de billetes de transporte. De ese modo podían viajar dentro de las zonas 1 y 2 de Londres de un modo relativamente económico. Descubrieron que el transporte público de Londres era exageradamente caro, algunas veces casi era más económico viajar en un *Black Cab*. A pesar de todo ello, se sentían felices. El clima era fresco o frío en algunos momentos del día, y la ciudad era preciosa. Tenían muchas cosas por hacer, muchos sitios a donde ir y solo seis días. Por eso, seguramente, los extraños sucesos de la noche anterior habían quedado semi enterrados en algún lugar de sus mentes. ¿Cómo iban a preocuparse de algo que, tal vez y probablemente, guardaba relación con la ingente cantidad de vino y cerveza que habían bebido la noche anterior? No había lugar a dudas: lo habrían soñado. Uno de aquellos sueños que parecían ser reales, compartidos entre varias personas por alguna clase incomprensible de sugestión. *Al diablo con ello*, pensaron.

Esa primera mañana despertaron algo tarde, perdiéndose el desayuno. Salieron del hotel y se metieron en la estación de *Paddington* del *tube*. Habían decidido ir a *Picadilly Circus*, y pasear por la calle *Regent Street* hasta *Hamleys'*, una especie de grandes almacenes pero exclusivamente dedicado a los juguetes. Luego su intención era seguir caminando calle arriba, para pasar el resto de la tarde en *Regent's Park*. Allí descubrieron la especialidad del parque, el *Park Pork*, un estúpido juego de palabras. Por café, él se decidió por un *capuccino* coronado de finas capas de chocolate y ella un café expreso doble. Comieron al aire libre, observando el terrible festín que se estaban dando unas palomas en una mesa contigua, donde sus anteriores ocupantes habían dejado restos de comida por todas partes, en lugar de hacer lo más obvio, que era tirar los residuos en las enormes papeleras esparcidas a lo largo y ancho del parque. Caminando bajo un cielo amenazador de potentes lluvias, ella le dedicó la que sería su segunda sonrisa sincera en meses. Él la miró, embelesado por su belleza, preguntándose si aquel viaje empezaba a surgir efecto. Es lo que más deseaba en el mundo: acercarse a ella como antes, sentirse bien sólo con mirarse. Cuando un hombre y una mujer se sentaban el uno al lado del otro y no

había necesidad de *entablar conversación*; cuando la mutua compañía era suficiente para pasar el rato; cuando el silencio era *cómodo*: entonces, y sólo en ese preciso y milagroso instante, el resto ya no importaría: estarían irremediablemente enamorados.

Se tumbaron un rato a descansar en la verde hierba, observando algunos críos jugando con un balón de fútbol. Ella se quedó dormida de costado, hecha un ovillo. La miró con cariño. Parecía que volvía a surgir el deseo en su interior. Tal vez era cierto lo que muchas mujeres pensaban de los hombres. Su odiosa simplicidad; veían a una mujer hermosa y crecía el deseo, imparable. Tal vez era eso, después de todo, y no un sentimiento real de amor y ternura. Era demasiado pronto para estar completamente seguro. Ella seguía dormida; resolvió mirar hacia el cielo, cubierto de nubes negras: parecía que pronto llovería. *It looks like rain*, dijo alguien a su espalda. Era capaz de comprender el inglés porque llevaba un año estudiándolo con un profesor de *Manchester*. Recibía clases particulares, dos horas a la semana. Básicamente practicaban el inglés oral, aunque de tanto en tanto estudiaban algo de gramática. Podía leerlo casi sin problemas, y lo escribía con relativa fluidez y con pocas faltas ortográficas. Quizá aquel había sido otro motivo más para decidirse por Londres, pensó. Un par de críos montados en bicicleta pasaron rodando a gran velocidad por el césped, a su derecha; uno era mayor pero el otro, que a juzgar por su parecido debía ser su hermano, era mucho más pequeño y todavía llevaba las dos pequeñas ruedas ancladas en la parte posterior de la bici. Graciosamente, liberó ambas manos del manillar y le gritó al hermano mayor: *Look at me! Hands off!*

Los gritos emocionados del niño la despertaron de su corto sueño. Se escuchó un trueno y al poco empezaron a caer enormes gotas de lluvia. Llevaban paraguas; se incorporaron rápidamente, él lo abrió y ella se le acercó más para cubrirse; podía aspirar su perfume y notar su piel rozar ligeramente la suya. Ella lo miró con curiosidad. Sabía que él estaba excitado. Podía sentirlo; pero era demasiado pronto aún. Quedaban más días para disfrutar de la ciudad. Su mirada pareció decirle: *olvídalo*. Comenzaron a caminar lentamente, bajo el paraguas, en dirección a la boca del metro más cercana. Cuando llegaron, empezó a llover con fuerza.

Llegaron al andén algo mojados, a pesar del paraguas. Como ellos, muchos otros ingleses se sacudían el agua del pelo o simplemente intentaban soportar sus mojadas indumentarias estoicamente. Dentro de la estación hacía mucho calor; él notó que sus molestias de garganta aumentaban. Llegó el metro y entraron en el vagón que parecía menos abarrotado. Fueron pocas paradas hasta *Paddington*, pero a pesar de ello él no perdió detalle de todo lo que les rodeaba. Sentados en un extremo del vagón, ella dedicó el tiempo a leer los diversos *adverts* repartidos aquí y allá: créditos milagrosos a bajo interés, maravillosas vacaciones en la isla de *Menorca*, un enorme y cómodo sofá pagado a cómodos plazos mensuales. Él prefirió observar a un hombre mayor, sentado justo enfrente, leyendo un ejemplar de la novela de *Edward Rutherford, London*, que casualmente él también había leído en inglés hacia más de un año. Le llamó la atención por su conducta; desplazaba su punto de lectura página a página conforme avanzaba su lectura. Algunas veces el hombre jugueteaba con el mismo y lo estudiaba boquiabierto, abandonando momentáneamente la lectura de la obra, como si pensara qué puñetas hacer con él. Al poco lo colocaba entre la última página y la contraportada del libro, pero parecía molestarle y, al cabo de unos minutos, volvía a cogerlo, lo observaba, y lo dejaba caer artísticamente sobre las páginas abiertas del libro. De tanto en tanto, su mirada se perdía en algún lugar del techo del vagón para volver a posarse sobre su libro; entonces se lo acercaba a la nariz y lo olisqueaba como un perro. Debía oler bien, a juzgar por la expresión de infinita felicidad que parecía pintarse en su arrugado rostro. Finalmente, cerró el libro y saltó de su asiento, cruzando la puerta poco antes que ésta se cerrara, en *Baker Street*, desapareciendo en el andén en cuanto el metro volvió a ponerse en marcha. De nuevo, aquel odioso mensaje anunciado por megafonía soltó su ya cansina perorata: *Mind the gap. Mind the gap between the train and the platform*. Él sonrió; *mind the fuckin' gap!*, pensó y rió a carcajada limpia. Una mujer embarazada lo miró con recelo, agarrando su bolso con mayor fuerza.

- Despierta, ya hemos llegado.- le susurró a su mujer, que parecía haberse quedado adormecida de nuevo mientras leía los anuncios publicitarios.

Esa noche no habría fenómenos paranormales en la habitación 308 del *Hotel Brunnel*; durmieron tranquilos. Seguían en camas separadas, a pesar de que había espacio de sobra para dos personas en una; eso parecía entristecerlo. Sin embargo, ella logró caer rendida al sueño antes que él, lo que le permitió estudiar su rostro. Parecía tranquilo, una ligera sonrisa se dibujaba en la comisura de sus labios. Estaba funcionando, pensó. Se estaban acercando el uno al otro.

Apagó la luz; se durmió.

9

No hace frío; él la atrae hacia sí, mirándola con felicidad. Ella le dedica una sonrisa bobalicona; ¡Londres! Que hermosa es la ciudad. Giran como en un vertiginoso baile, procuran no hacer demasiado ruido; ¡no quieren despertarles! Es algo tarde, piensan. Tarde para los que ahora yacen en la cama, dormidos. ¡Que hermosos se ven ahora que duermen! A él le trae recuerdos de su juventud alocada; de largas noches de insomnio y preguntas sin respuesta. Ella sigue girando al compás de una música que sólo ellos dos pueden oír; allá hay una banda que solo toca sus extraños instrumentos para los que han quedado atrapados. Ah, piensa él, pero nosotros no estamos atrapados. Estamos de vacaciones, y ríe y ríe, mientras ella sigue girando sobre sí misma y a él cada vez le cuesta más trabajo discernir su forma entre aquellas brumas extrañas. Ven, le susurra, hagamos el amor, pero ella se aparta de él como en un juego sensual; debe perseguirla por la habitación, salta por encima de la cama de la mujer, pero ni siquiera la roza porque flota. Él deja que su cuerpo se evapore momentáneamente y reaparece a su lado, cogiéndola por sorpresa. Te tengo, le susurra al oído, mientras con su mano izquierda acaricia su entrepierna. Ella gime de placer, cerrando sus ojos, dejándose arrastrar por el deseo. Sus dedos son unos expertos exploradores; conocen bien el terreno. Ven, vamos a la cama, le dice él en un susurro. No podemos, se queja ella, están ocupadas. Pero él la arrastra, sintiendo su aroma entre sus dedos, y ella pierde toda resistencia y se deja llevar. Cuerpos etéreos, ascienden como el viento por encima de la cama de ella. Ah, que mujer tan hermosa, ¿quién debe ser?, se preguntan. Lo es, ciertamente. Es hermosa; ellos son ya viejos. Su carne ya no es tan joven, pero su deseo sigue siendo fuerte incluso ahora. La miran suspendidos en el aire; sienten que podría ser su hija. Entonces él desvía su mirada, y se fija en el cuerpo del hombre que duerme en la otra cama. Recuerdos que ahora se amontonan, recuerdos que serán borrados cuando sus días en Londres se den por zanjados. Mira, le dice a su esposa, podrían ser nosotros. Ella sonríe; pero es que, amor mío, lo son, dictamina. Y en su fuero interno, él sabe que ella está en lo cierto. Dos cuerpos duermen, mientras ellos vuelan por encima de sus cabezas, a escasos centímetros, haciendo el amor. Ella gime pero en silencio; él descarga toda su pasión en un movimiento brusco y definitivo, y ella parece caer lentamente, como una pluma, meciéndose al compás de líneas de viento, caminos de cruce, invisibles rutas excepto para ellos dos y aquellos otros, los músicos que siguen tocando aquella triste y melancólica melodía allá a lo lejos, hasta posarse sobre ella. Por un momento, él teme que la joven mujer despierte, asustada. Pero no lo hace; en su lugar el cuerpo de su esposa parece encajar perfectamente en el de ella; es casi un milagro, un curioso efecto óptico que le recuerda algunas cosas que alguien, allí, les había explicado. Vuelve, le dice. Ella alza su brazo derecho y observa como el brazo humano, el brazo real, palpable, físico, de la joven durmiente se alza junto al suyo. Puedo controlar sus músculos, se sorprende. Él siente pavor; déjala, vuelve a mí. Ella lo hace, a regañadientes, y vuelve a ascender, flotando suavemente, hasta estar a su lado. Sonríe. No temas, era solo un juego. Él la mira con recelo; no juegues con esas cosas, le recrimina. Ella se aferra a su cuerpo una vez más y empieza a besar su pecho. Hazme el amor otra vez, le dice al oído. Flotando en la oscuridad de la habitación, él vuelve a poseerla. Esta vez no puede resistirlo y grita de éxtasis, mientras los jóvenes durmientes se agitan en sus camas, sin despertarse.

La despertó el volumen ensordecedor del televisor. Sin abrir los ojos del todo, gritó a su marido que lo apagara, que quería seguir durmiendo. Entonces, abriendo suavemente sus ojos, se dio cuenta que él seguía profundamente adormecido. El mando estaba sobre la mesa, entre las dos camas. *¿Qué diablos?*, se preguntó. Lo agarró y pulsó el botón rojo para apagar la televisión, pero no funcionó. *¡Maldita sea, ahora tendré que levantarme!*, se quejó. Alzándose de la cama, medio aturdida por haber sido arrancada del sueño bruscamente, tropezó un par de veces antes de situarse justo debajo del aparato de televisión. Alargando su brazo izquierdo, pulsó el botón de apagado. Los presentadores de las noticias del canal *BBC-One* desaparecieron de golpe, siendo reemplazados por su reflejo distorsionado en el negro cristal de la pantalla del televisor. Taciturna y malhumorada, dedicó una mirada asesina a su marido, que al parecer seguía durmiendo ajeno a todo, mientras regresaba a la cama con la intención de dormir un poco más. Consultó su reloj; eran las seis y media de la mañana. Volvió a acurrucarse debajo de las sábanas. *Demasiado tarde*, pensó. Ya estaba desvelada. *¡Maldita sea!* Decidió leer un rato. Cogió su ejemplar de *Letters from prison*, del Marqués de Sade. Antes de ceñirse en la lectura, observó la lenta respiración de su esposo. Realmente estaba dormido, así que era imposible que él hubiera encendido el televisor. Lógicamente, todos aquellos aparatos podían ser programados para que se encendieran o apagaran a una hora determinada, así que aquello tenía una explicación bien simple. Pero estaba algo intranquila. De repente, volvió a pensar en aquellos extraños fenómenos experimentados la primera noche de su llegada. Dejó el libro de nuevo sobre la mesa, sin tan siquiera haber leído una sola frase, y llamó a su marido. Este se agitó ligeramente en su cama, pero no se despertó. Dormía profundamente.

Entonces lo oyó: el sonido inconfundible al tirar de la cadena del váter. El agua cayendo del grifo del cuarto de baño.

- ¡Despierta, despierta!- gritó al tiempo que agitaba el cuerpo de su marido.
- ¿Que pasa?- preguntó él despertándose, con legañas en sus ojos.
- ¡Hay alguien en el cuarto de baño!
- ¡Joder!- exclamó, oyendo el agua correr libremente por el lavabo.

Hizo ademán de levantarse de la cama mientras ella lo miraba aterrada. No fue necesario; en un instante, el sonido del agua cesó; alguien debía haber cerrado el grifo, pensó él. Entonces, se abrió la puerta del cuarto de baño con inusitada velocidad. Los dos se quedaron petrificados en las camas, observando aquella escena con el corazón a punto de estallar, sin siquiera pestañear. La puerta volvió a cerrarse con un golpe sordo. A continuación, se escucharon algunos pasos sobre la moqueta del suelo y vieron como una presión era ejercida sobre el botón-pulsador del televisor. Éste se encendió con un chasquido y los guapos presentadores de noticias del canal *BBC-one* reaparecieron de súbito, siguiendo con su perorata, sin inmutarse.

- ¡Dios Mío!- gritó ella, levantándose de la cama, observando el rostro aterrado y conmovido de su esposo, que parecía estar soldado en la cama.- ¡Levántate, salgamos de aquí!

Por lo que fue un largo rato, él pareció encontrarse a kilómetros de aquella habitación y apenas reparó en los gritos alocados de su esposa, a su lado. Entonces, la miró y comprendió, casi por primera vez en su vida, que aquello *era real*. Que había sido *real*, siempre. Asustado, logró incorporarse de la cama y, juntos, salieron de la habitación. Cerraron la puerta tras ellos y permanecieron abrazados en el estrecho pasillo que conducía al resto de las habitaciones de la tercera planta. Una pareja de clientes aparecieron de súbito, saliendo del interior del ascensor, de nuevo operativo, dedicándoles una mirada de desaprobación. Se alejaron haciendo comentarios que él no atinó a comprender porque eran casi como susurros. Entonces, se percató que iba vestido sólo con calzoncillos y ella con un camisón que enfatizaba su esbelta figura y sus generosos senos. Por supuesto, estaban descalzos. Sabían que debían volver a entrar en la habitación para sacar algo de ropa y vestirse, o los tomarían por un par de excéntricos exhibicionistas. Pero el terror atávico a lo sobrenatural se lo impedía.

- ¿Qué diablos pasa en esa habitación?- preguntó ella, con una expresión de franco horror pintada en su cara, que ahora aparecía algo desfigurada por el pánico.

- No lo sé- confesó él en un murmullo, mientras observaba la puerta.

- Debemos vestimos- dijo ella.

- Sí, debemos vestimos- estuvo de acuerdo él.

Se miraron; la pregunta parecía obvia: ¿debían entrar ya o esperar a que *algo* decidiera apagar el televisor? ¿Sería entonces cuando la habitación permanecería tranquila, sin ningún tipo de actividad paranormal? ¿Debían avisar al recepcionista del hotel? ¿Les tomarían por locos? ¿Debían renunciar a su viaje después de todo y cancelar su reserva?

- ¡Al diablo!- exclamó él, abriendo la puerta de la habitación mientras ella permanecía a su espalda, agarrándose con tanta fuerza a su cintura que sentía como sus uñas se le clavaban como cuchillos.

Entraron. El televisor seguía encendido; por lo demás, todo parecía normal. Antes de cerrar la puerta a sus espaldas y empezar a vestirse, sintieron como *algo* les rozaba. Ella gritó, él dio un salto debido a la sorpresa y al miedo. Fuera lo que fuese, parecía como si una presencia hubiera decidido salir de la habitación en ese preciso instante.

Ella consultó su reloj de pulsera, casi sin darse cuenta, porque sintió una especie de punzada en el corazón, como una corazonada. Eran las siete en punto de la mañana.

Hora de desayunar.

11

La librería era enorme. Dos plantas donde los libros se amontonaban en infinitas pilas que empezaban en el suelo y morían al encontrarse con el techo; infinidad de temáticas: poesía, novela, ensayo, libros científicos de matemáticas, lógica, física, informática; también había cabida para la filología, las ciencias políticas, humanidades. Libros por doquier; algunos nuevos, otros antiguas ediciones que ya habían sido corregidas por errores menores, otros simplemente libros de oferta. La librería respondía al nombre de *Judd Books* y estaba muy cerca del *British Museum*. Ellos estaban allí, boquiabiertos de tanto libro y a tan buen precio. Él compró un libro de lógica matemática por menos de seis libras, *Quantifiers in Language and Logic*, de la editorial *Oxford Press*; también se llevó un diccionario sobre mitología clásica: *The Oxford Dictionary of Classical myth & religion*, por tan sólo 3 libras con 99. Ella se decidió por un *Theasurus* de la editorial Penguin. Les resultó sorprendente descubrir lo baratos que eran los libros en la ciudad de Londres. Habían evitado *Charing Cross* porque temían que, de entrar en sus librerías, se perderían irremediamente en ellas.

Cuando salieron de *Judd Books*, entraron en una cafetería situada enfrente. Allí un cartel anunciaba a bombo y platillo que había conexión a Internet “gratis para todos nuestros clientes”. Se sentaron en una pequeña mesa; él fue a pedir dos cafés expresos dobles y luego al servicio. Ella se quedó hojeando su diccionario. Cuando él regresó, los cafés ya estaban sobre la mesa, humeantes. Era un día fresco, y lloviznaba. Soplaban un viento helado que penetraba a oleadas dentro de la cafetería, agitando suavemente las páginas del *Theasurus*.

- ¿Crees que alguien murió en la habitación 308?- le preguntó ella, de improviso, alzando la mirada.

- Es posible.- admitió él, sorbiendo el café. Estaba delicioso.

Tras los últimos acontecimientos, habían meditado largamente sobre el tema. Aunque todavía estaban aterrados, sospechaban que no tenían más remedio que soportarlo en silencio. Sabían que los tomarían por locos si explicaban lo que habían visto. Ella no quería marcharse; habían pensando en buscar alojamiento en otro hotel, pero todo había sido en vano. No había habitaciones disponibles en ningún otro sitio. O cancelaban su reserva y regresaban a casa, o seguían en la habitación 308 del *Hotel*

Brunnel, hasta el final.

- Después de todo, no nos han hecho daño.- le dijo ella a su marido.

- Todavía no- subrayó él, sombrío.

Pero era cierto; aquellas extrañas manifestaciones parecían sugerir que, de hecho, compartían habitación con alguna *presencia* inofensiva. Ella estaba casi convencida de ello. Él tomó otro ligero sorbo de café, aspirando su inconfundible aroma. Entró una mujer y se sentó a su derecha. Miró a su alrededor como confundida, y luego sacó un teléfono móvil de su bolsillo derecho. Leyó algo en el terminal y luego pareció escribir alguna clase de respuesta. Contrariada, lo guardó de nuevo, esta vez en su otro bolsillo. Los miró detenidamente y al final les preguntó:

- *¿Is in here any computer I can use?*

Él se giró y le dedicó una sonrisa:

- *I fear there isn't any, Ma'am.*- respondió cortésmente.

La mujer asintió ligeramente y salió del local.

Seguía lloviendo, así que él se apiadó de ella porque iba sin paraguas y parecía que ahora la llovizna era más insistente. Pronto llovería en serio, pensó.

- Tal vez podríamos preguntarle al recepcionista si alguien murió en nuestra habitación.- sugirió ella con voz calma.

- Quizá.

- Al menos saldríamos de dudas.

- No creo que nos digan nada, de todos modos.- dijo él, terminándose el café y observando el fondo de la taza con gran interés. No había ni un solo grano de café en ella.

- Eso es muy probable,- admitió ella a regañadientes- pero debemos probar.

- Imagínate que es cierto, que alguien murió en nuestra habitación- empezó él, mirándola fijamente:- *¿Crees que te gustaría saberlo, saberlo realmente?*

Ella no supo que contestar. Pagaron los cafés y salieron a las calles húmedas, sombrías y frías de Londres. Miraron hacia la librería *Judd Books* una última vez antes de dirigirse hacia el *Tube*. Tuvieron que abrir sus paraguas – esta vez llevaban dos – porque la llovizna, tal y como él había presentido, había dado paso a una potente lluvia. La gente corría a buscar refugio.

- Aquí siempre llueve- se quejó ella.

A él le vino a la cabeza una canción de *Jane Siberry*, *It can't rain all the time*, y sintió una punzada de nostalgia: la primera vez que escuchó aquella canción iba al instituto. La agarró del brazo y la atrajo hacia sí, lo que provocó que sus paraguas chocaran.

- Te quiero- le dijo.

Ella lo miró fijamente. Sin apartar su mirada penetrante de él, dijo:

- Creo que yo también.

Y allí se quedaron, abrazados el uno al otro mientras la cortina de lluvia se espesaba, cubriéndolos con un manto etéreo pero casi opaco, que parecía absorber todo color de aquella calle, dejando solo infinitas tonalidades de negro, gris y blanco; como un óleo pintado a carboncillo; sólo dos figuras bajo un paraguas, fundiéndose como se fundían los trazos en un lienzo, lenta pero inexorablemente, adquiriendo cada vez mayor forma y consistencia, hasta quedar completamente diluidas en una sola.

Despertó angustiado. Miró el reloj; eran las nueve de la mañana. Intentó levantarse, pero entonces un terrible pinchazo en el estómago lo doblegó de nuevo. Cuando se calmó un poco el dolor, logró alzarse y, dando bandazos, avanzó hacia el pequeño recibidor. Las llaves seguían colgando de la cerradura de la puerta, inertes. Habría jurado que alguien la había abierto. *Tonterías*, se dijo. La fiebre, la culpa, todo se mezclaba y no dejaba que sus pensamientos fluyeran con nitidez. Estaba enfermo.

Regresó, taciturno, hasta el comedor. Se sentó lentamente en el sofá. Cerró los ojos un momento, luego volvió a abrirlos. Estaba harto del dolor, de ese odioso sentimiento de culpabilidad. Deseaba entender que podía significar aquel mensaje de ultratumba. ¿Una broma de mal gusto? Sus padres estaban muertos, muertos. De eso no cabía la menor duda. Entonces, ¿qué diantres podía significar aquello? Estaba confundido, asustado, deprimido. Sabía que no dudaría mucho si no buscaba ayuda. Pero, ¿realmente deseaba buscarla? Quería morir.

- ¡Maldita sea!- gritó a las paredes solitarias, sombrías, de su piso.

Lloró. Sintió espasmos debidos al llanto, que ahora brotaba imparable. Su cuerpo entero temblaba al compás de aquellas lágrimas que parecían manar con una fuerza inusitada. La culpa lo era todo; estaba perdido, completamente poseído por ella. No había salvación ni escapatoria: su destino parecía sellado para siempre. Empezó a entenderlo.

Cuando logró calmarse, alzó la mirada y miró a su alrededor. Sobre la mesa de cristal del comedor, había una fotografía de sus padres dentro de un marco de plata. Reían, parecían tan felices. Eso le dolió todavía más, y quiso apartar su mirada. Entonces, lo vio.

Al lado de la fotografía había un pequeño paquete rectangular de color blanco.

Toni se frotó los ojos con ambas manos y volvió a mirar.

El paquete seguía ahí.

Se levantó como accionado por alguna clase de resorte invisible. Infinidad de preguntas se agolpaban en su cabeza. Avanzó despacio hacia la mesa, sin quitar ojo del paquete. Parecía una caja, en realidad. Una pequeña caja que debía contener algo en su interior.

Toni la cogió, la sopesó. La agitó y escuchó atentamente. Algo se movió ligeramente en su interior, creyó escuchar un pequeño ruido metálico. Finalmente, decidió abrirla.

Dentro, una reproducción perfecta de una de aquellas clásicas y viejas cabinas telefónicas rojas de Londres. Su puerta podía accionarse; Toni lo hizo. En su interior, en lugar de una fiel versión en miniatura de un teléfono, podía verse un sacapuntas de plástico de color verde.

Toni colocó la cabina de pie, al lado de la fotografía de sus padres, y tiró la caja que la contenía a la basura. Sintió que el dolor de estómago se evaporaba; las náuseas mitigaron; algo crecía dentro de él. Regresó al sofá y observó aquella hermosa cabina metálica. Fuera dejó de llover; a través de una minúscula rendija de la ventana del comedor, entró un rayo de luz que iluminó fugazmente el retrato de sus padres. Toni sonrió.

*Toni Castillo Girona
Ribes de Fresser – Cornellà de Llobregat
Terminado el 31 de Agosto de 2009.*